

Única prenda que me liga al mundo,  
sólo recuerdo de la edad pasada,  
tras del amor á Dios, es el segundo  
en mi alma con mis lágrimas lavada  
el amor á esa flor inmaculada.  
Yo creo ver en ella  
vivir á la hija que lloráis, yo creo  
que su alma pura y bella  
vive dentro del cáliz conservada;  
y entre sus hojas su semblante veo,  
y oigo sonar su voz cuando se mece  
entre sus blancas hojas,  
y si el tiempo á mis ojos la agostara,  
tanto cuanto lloré por el pecado  
que dentro de esa tumba la encerrara,  
sobre el tallo truncado  
de esa azucena mística llorara.

Y así diciendo, el infeliz Guarino  
por tierra prosternado,  
de aquel último bien se despedía  
tanto tiempo por él idolatrado,  
la sepultura en que raíz tenía  
á destruir él mismo preparado.  
Y el Conde embebecido  
en lo que al labio de Guarino oía,  
en pie junto á él seguía  
inmóvil, silencioso y distraído.

Wifredo, de repente  
de esta meditación saliendo, dijo  
con decidida voz al penitente:  
—No perdamos, hermano,  
el tiempo neciamente;  
esa tumba cavemos  
y apartemos de aquí su resto humano.

Y obediente Guarino,  
resignado con calma á su destino,  
con la azada en la mano,  
resuelto se llegó á la verde altura  
do la hermosa azucena  
marcaba la campéstre sepultura.  
Y Wifredo, á su vez, la agudá pena  
del corazón paterno  
desahogando en dos lágrimas espesas,  
gotas que lanza al manantial interno  
que inextinguible en sus entrañas mana,  
de otro azadón asiendo, se dispuso  
lo que resta á buscar de lo que un día

fué de sus ojos luz, fué su María.  
Con el secreto intento  
de que aquella azucena perfumada  
quedara, á ser posible, respetada  
en el lugar en donde tiene asiento,  
por el opuesto lado comenzaron  
del fúnebre montón do está arraigada;  
mas apenas hundieron  
en tierra el azadón, de ver echaron  
que el verde montecillo, que creyeron  
tierra compacta y dura,  
blanda y recientemente removida  
estaba, y seca y leve mantenida  
entre el agua, y debajo la verdura  
que la tiene cubierta y circuída,  
y cuanto con más tiento la tocaban,  
más fácilmente, por entrambos lados,  
sus golpes á la par desmoronaban  
la tierra, y los arbustos que arraigados  
en ella vegetaban.

Lejos de sí los instrumentos rudos  
arrojaron, y á impulso de un instinto  
igual, hundieron en la blanda tierra,  
y á apartarla empezaron cuidadosos  
con sus dedos desnudos.  
Pronto dieron sus manos  
con un oculto objeto  
de la tierra distinto,  
mas suave al tacto, con calor, con vida;  
no era el objeto oculto el esqueleto  
de enterrada mujer, á quien los años  
y la tierra tendrían consumida.

El secreto terror y afán interno  
heló la voz en su garganta, y ambos,  
apartando en silencio el polvo leve,  
descubrieron, y entrambos asombrados,  
dos pies que, como el ampo de la nieve,  
mantenía la tierra conservados.

Un ligero color rosado y puro  
bajo su piel se percibía apenas,  
y á través de la piel el trazo obscuro  
se veía de sus venas,  
cual si la vida aún de sangre líquida  
las mantuviera llenas.  
De aquellos pies purísimos la planta  
verticalmente inmóvil,  
que siempre en los cadáveres espanta,  
lejos de dar horror; á la mirada  
solamente exponía  
la perfección, pureza y hermosura

de una obra de escultura  
diestramente pulida y acabada.  
El grato anhelo, la interior zozobra  
que ambos á dos sintieron,  
seguir les hizo la empezada obra;  
y apartando los céspedes y tierra,  
en silencio siguieron  
hasta que el tronco entero descubrieron,  
que envuelto en sus vestidos,  
apenas por el agua humedecidos,  
y apenas arrugados  
por la tierra en que estaban enterrados,  
envolvían el cuerpo de María,  
que dormida y no muerta parecía.  
Escondida no más de su belleza  
quedaba la bellísima cabeza  
y la garganta blanca,  
donde una herida fresca se descubre,  
desde la cual arranca  
la raíz de la cándida azucena,  
que sobre el sitio en que descansa brota,  
y que fuerza será cuando el semblante  
descubran que la flor se arranque rota.  
Comprendiéndolo al par ambos, á un tiem-  
las manos detuvieron, [po  
y arrasados en lágrimas los ojos  
ante aquellos para ambos  
sagrados y bellísimos despojos,  
gran trecho sin acción se mantuvieron.  
Mas el Conde, por fin, de irresistible  
voluntad impelido,  
con un postrer esfuerzo despejando  
el rostro aún escondido  
de su María hermosa,  
vió de la virgen la figura entera,  
cuyo labio animaba  
dulcísima sonrisa placentera;  
cuya tez inmarchita coloraba  
animado color de nieve y rosa,  
y en cuyos tenues párpados cerrados  
transparente se veía  
la pura luz que á su través lucía  
en sus ojos aún iluminados  
con la lumbre vital que dentro ardía.  
Mas en tanto la flor fragante y pura  
que sobre ella crecía,  
y de la muerta virgen en el cuello  
sus raíces asía,  
por el suelo truncada  
por entre el césped húmedo yacía

roto su tallo, pero no manchada.  
Tendió el Conde sus manos  
á la prenda de su alma idolatrada  
y á la caída flor el penitente,  
cuando ésta de repente,  
por invisible mano arrebatada,  
se perdió en el azul del manso ambiente,  
y la pura región del vago viento  
armonizó una música divina  
que venía del alto firmamento  
detrás brotando de su azul cortina.  
El celestial compás de aquella santa  
misteriosa armonía, llamó al cielo  
la atención de Wifredo y de Guarino;  
y al ver el cuadro mágico y divino  
que les mostró su descornado velo,  
se borró de María en la garganta  
la señal de su herida;  
y á ver la aparición en luz radiante  
que en medio de los aires suspendida  
de su vista mortal está delante,  
tornó á su corazón la dulce vida.

Por el sol coronada,  
de las estrellas fúlgidas vestida,  
de la luna calzada,  
y de ángeles en hombros conducida,  
la Madre del Cordero inmaculada  
sonreía á los tres, que arrodillados  
y absortos contemplaban  
la divina visión embelesados.  
La Purísima Madre del Dios Niño  
en sus manos más blancas que el armiño  
la azucena silvestre mantenía,  
y con celeste acento  
que empapó la montaña en armonía  
de son más apacible, grato y lento  
que el murmullo del bosque, el mar y el  
con sonrisa hechicera [viento,  
dijo vuelta á los tres de esta manera:  
«Donde no hay voluntad, tampoco crimen;  
ilesa, pues, la virginal pureza  
María conservó, y en la aspereza  
de los montes siete años penitentes  
de otro castigo al matador redimen  
en los juicios de Dios omnipotentes.  
En medio de estas peñas se levante  
sombrio monasterio,  
que del Señor las maravillas cante;

otra vez á arraigar esa azucena  
vuelva en las rocas de perfume llena,  
prenda y señal de celestial misterio.  
Y cuando en el sepulcro preparado  
vuestro despojo corporal se suma,  
sobre el sepulcro de los tres cerrado  
la azucena silvestre se consume.»

Expiró de la Virgen el acento,  
y cesando la célica armonía  
la mística visión deshizo el viento.  
Volvió á brotar la flor, y á un tiempo ante  
cayeron bendiciendo su destino [ella  
el noble Conde, la feliz doncella  
y el santo penitente Juan Guarino.



## ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO

	Págs.		Págs.
PRÓLOGO.....	5	El canto de los piratas. (Traducción de Víctor Hugo.).....	107
Á la memoria desgraciada del joven literato D. Mariano José de Larra.....	17	Oriental.....	109
Introducción.....	19	La plegaria.....	111
Á Calderón.....	23	La juventud.....	113
Toledo.....	25	La amapola.....	115
El reloj.....	29	La noche y la inspiración. (Á mi amigo el artista D. Julián Romea.).....	117
La luna de Enero.....	31	Un recuerdo del Arlanza.....	121
A una mujer.....	33	Á Roma.....	125
Oriental.....	37	La noche inquieta. (Fantasía.).....	129
Á Venecia.....	39	Soledad del campo.....	137
Un recuerdo y un suspiro.....	41	Soneto.....	139
A D. Jacinto de Salas y Quiroga.....	43	Á Blanca.....	141
Á.....	45	Oda.....	143
Oriental.....	47	La margen del arroyo.....	147
La meditación.....	49	Al último rey moro de Granada, Boabdil el Chico.....	151
Á la estatua de Cervantes.....	51	El velo. (Traducción de Víctor Hugo.)...	159
Elvira.....	53	Vanidad de la vida. (Fantasía.).....	161
Tarde de otoño.....	55	Tenacidad.....	163
Indecisión.....	57	Soneto.....	165
ooo.....	59	Tempestad de verano. (Fragmentos.)...	167
Oriental.....	61	Recuerdo á N. P. D.....	171
A un torreón.....	63	Á la niña C. D. G.....	175
La noche de invierno. (Á D. Jenaro Villamil.).....	65	Á una calavera. (Fantasía.).....	177
Recuerdos de Toledo. (La catedral.).....	69	Las hojas secas. (Á mi madre.).....	183
El día sin sol.....	73	Á Blanca.....	187
Inconsecuencia. (Á una tórtola.).....	79	Canción.....	189
La torre de Fuensaldaña.....	83	El crepúsculo de la tarde.....	191
La duda.....	87	Á un águila. (Oda.).....	197
La Virgen al pie de la cruz.....	89	Oriental.....	201
Napoleón.....	93	Canción. (Música del Sr. D. S. Iradier.)...	203
Á los individuos artistas del Liceo. (Noviembre de 1837.).....	97	Á Mariana. (Canción.).....	205
El amor y el agua.....	101	Oriental.....	207
Á la muerte de.....	103	Á María. (Plegaria.).....	209
La orgía.....	105	Poco me importa. (Canción.).....	211